

## ¿Qué es un best-seller? muerto.com

Una pregunta socrática que merece una respuesta, no tanto para los lectores, que a ellos seguramente, poco les importa esta polémica en torno a los best-sellers, sino más bien formulada única y exclusivamente para los críticos de literatura.

Se está convirtiendo en algo bastante común, o aunque sea en materia de polémica, la calidad de los libros que se convierten en best-sellers. Desde Harry Potter, que muchos concordarían en nunca tratarlo como literatura, hasta el Código Da Vinci, que se nos puede llegar a colar en la 'historia de la literatura' (y hasta casi, en los libros de historia), existe una cierta tendencia a denunciarlos como 'literatura basura', 'estrategia económica de los editoriales' o simplemente artículos de consumo.

La crítica al best-seller tendría mucho más sentido si todos los discursos estéticos estuviesen unificados. Realmente, hoy más que nunca la pluralidad de técnicas artísticas, de puntos de vista estéticos y relativismos ideológicos, tiene su más amplio auge, apoyándose en las instituciones democráticas. Por ello no puede dejar de resultar chocante que alguien describa al 'Código Da Vinci' como un mero artículo de consumo. Si es que acaso tiene que existir una línea divisoria entre el arte y la mercadotecnia, o incluso el arte y los artículos de consumo, esta línea tendría que tener su razón. Quizá al intentar reconocer la razón de esa línea, podamos empezar a entender qué es un best-seller.

Lo primero que salta a la vista es, necesariamente, tener que reconocer que el fenómeno del best-seller no es un fenómeno literario. Ir a los libros de poco nos servirá... ¿De qué nos serviría saber que Harry Potter no presenta un reto estético lo suficientemente desarrollado para un lector que se precie de serlo, si justamente el reto estético no está definido, o sus definiciones están cruzadas por 'opiniones' que se inclinan a un lugar o hacia otro?

Seguramente los best-sellers están mucho mejor escritos, que por ejemplo un libro de Henry Miller. No lo dudaría, no en vano se corrigen, se editan, se rescriben hasta la saciedad, a veces por todo un equipo de especialistas, entre los que se incluyen redactores, editores, historiadores, agentes de mercadotecnia, etc. Sin duda tienen mucha más capacidad de escribir un libro impecable de lo que tendría un hombre solo con un cuaderno y lápices.

La crítica a la propia falta de calidad de un best-seller, no tiene la capacidad de demoler, de auténticamente descubrir lo qué es un best-seller en su sentido más estricto.

Una segunda crítica podría ser justamente la propia 'artificialidad' de la escritura. Después de todo, quizá el arte se define como una puesta en común del hombre consigo mismo que revela una especie de drama o sentido de la vida. ¿Qué hacer cuando un montón de ejecutivos se pone a redactar un libro, un buen libro (para colmo), con el simple propósito de venderlo?

¿La desmoralización del arte?

Sin embargo, tampoco esta romántica concepción del arte, alcanza a atajar el sentido de la crítica del best-seller. Quizá antes de las vanguardias de principios del siglo XX, podría haber tenido sentido ese escándalo que puede despertar el uno, hacer de lo que se supone debería ser una obra de arte, un mero artefacto de manufacturación. Sin embargo ya queda casi como un anacronismo frente a las tendencias de Warhol, y otros.

Habríamos de reconocer que de lo que se trata, cuando se critica al best-seller, es un problema político, que poco tiene que ver con el arte, con la literatura o con el oficio del escritor.

Ahora bien lo que entiendo por ‘problema político’ no tiene nada que ver con los ‘políticos’, (normalmente los ‘políticos’ nunca consiguen, realmente, tratar lo político), sino a otra cosa. En esencia es un problema de soberanía.

¿Quién *escoge* leer los best-sellers? ¿Realmente se puede decir que uno *escoge* leer a un determinado escritor, a un determinado libro? Este *escoger* que es algo así como el punto de partida a partir del cual el ‘lector’ se constituye a sí mismo como una figura democrática preponderante –quizá en este *escoger* se halle toda la importancia que los intelectuales dan al hecho de la lectura.

No podemos negar que todo el aparato que respalda tras de sí a cada uno de los best-sellers, que aparecen, no puedan manchar ese *escoger* que en principio debería regular todas las operaciones del arte literario. Hacer de los libros y de los lectores ‘máquinas’.

Quizá como ejemplo tendríamos que acudir a una crítica ya hecha en el s. IV a. C. Platón en la *República* plantea la expulsión inmediata de todos los poetas. Popper, el filósofo austriaco, creyó ver en esa sugerencia platónica la terrible larva del totalitarismo político, en contra de la democracia ateniense. Ciertamente ya se ha criticado, por filólogos y por filósofos, dicha comprensión del texto platónico. Es como si de pronto un crítico de literatura llega al poder y regula, no tanto los best-sellers, sino todos y cada uno de los mecanismo que permiten que se conviertan en eso justamente.

El hecho de que Homero, Hesíodo, Arquíloco, Safo, Píndaro y otros aparezcan en las ‘Antologías de literatura griega antigua’ o ‘Historias de literatura griega antigua’, es una ambigüedad que habría de ser subsanada con copiosas notas a pie de página, o acaso con la completa supresión de algo así como ‘Historia de la literatura’ a todo material textual antes de Guttemberg, (por poner un evento que separa lo propiamente ‘literario’, de lo que no puede serlo). Ciertamente me parece que antes de la invención de la imprenta, la sola idea de lo que hoy entendemos por literatura, haría reír a más de un ‘poeta’ o ‘juglar’. Es decir, la realidad del libro hasta hace unos 200 o 250 años, era tan diferente a la de ahora, que su institución en el best-seller es total y absolutamente novedosa. ¡La literatura se ha concentrado tanto en hablar, en publicarse, en hacerse pública, en mostrarse a sí misma como institución que sin duda ya está perdiendo los papeles!

De pronto nos damos cuenta que la literatura es ‘nada’, esa ‘Nada’ que Fausto ya sentía: “Con ardiente afán ¡ay! estudié a fondo filosofía, jurisprudencia, medicina y también, por mi mal, la teología; y heme aquí ahora, pobre loco, que no sé más que antes. [...] No me figuro saber cosa alguna razonable, ni tampoco imagino poder enseñar algo capaz de mejorar y convertir a los hombres.” La literatura aterriza en la ‘nada’, ‘nada’ puede decir, ni siquiera resulta importante... Se puede dedicar a imaginar, a destruir, a asesinar, a despotricar, a maldecir, a divinizar, a endemoniar, a hablar infinitamente sobre monstruos, sobre hombres abominables, etc., y sin embargo nunca dirá ‘nada’; nunca más poseerá ese estatuto diferenciador de la lengua común, que hacía que cuando se recitaba a Homero, los hombre lloraban, que cuando Orfeo tocaba su lira y cantaba sus mitos, las bestias salvajes se domesticaban, los hombres lloraban y los árboles se doblaban bajo el sonido de su voz.

Hoy día la literatura es la banalidad de la recreación. Nada debe sorprendernos que los libros se comiencen a parecer más a las películas –de hecho podríamos decir que Stephen King es más bien un director cinematográfico (o un creador de cómics, es decir), un hombre de imagen, que un hombre de palabras, las palabras están ahí únicamente en estado marginal, es una especie de contrat tiempo para el best-seller-, y de hecho que se comiencen a manufacturar como películas, entre agentes de mercado, directores de imagen, editores reconocidos, fórmulas estáticas, etc.

Al fin y al cabo, la *República* de Platón es un libro esencialmente político, pero no tanto porque se hable del estado, esto únicamente es tangencial, únicamente es marginal y únicamente es consecuencia de otra cosa mucho más importante: Es un libro esencialmente político porque es un libro esencialmente pedagógico, o más bien, porque pone en su sitio al lugar de la pedagogía.

El problema de la pedagogía es justamente el problema de lo político. Es decir, la manera en la cuál el hombre puede llegar a ser él mismo. ¿De qué manera se puede educar al niño *escoger* lo correcto? El problema de Platón es que justamente eran los poetas los que detentaban el poder en lo que a la educación toca. ¡Homero era el que nos enseñaba la virtud y el correcto hacer! Aquiles, Agamenón, Ájax, Ulises, todos los modelos de virtud que aparecían por aquí y por allá, eran en realidad los educadores de los pueblos.

¿Será acaso esta realmente la clave para entender qué es un best-seller y la razón por la cual molesta tanto a los críticos literarios? ¿Qué lo que les molesta no es que estén mal escritos, o que estén fabricados con el simple hecho de ser objetos de consumo, sino el hecho de que no permiten el libre *escoger* de los lectores, que ponen en funcionamiento tanta publicidad, tanta palabrería, tanto barullo que no permite haber una 'buena educación' del *escoger* del lector?

De hecho la única 'buena noticia' que se anuncia con un best-seller es justamente esa posibilidad de labor propedéutica, esa labor iniciática, esa labor pre-pedagógica que puede tener en el lector, sobre todo en México, que los índices de lectura están por los suelos. El best-seller tiene la fortuna de 'crear' el hábito de la lectura, como si la labor progresiva de la lectura nos lleve de Dan Brown a Mario Vargas Llosa o de J.K. Rowling a Apolonio de Rodas.

Sin embargo no podemos dudar que el best-seller es un fenómeno que atenta, en mayor o menor medida a la soberanía del lector. No es raro, después de todo, decir que el gran problema político a partir de Platón –y del resurgimiento de este en la Ilustración- es única y exclusivamente la educación. ¿Cómo es que podemos decir que 'sabemos *escoger*'? ¿Huyendo de los best-sellers? ¿Creando una cierta contracultura a partir de la cual podamos realizar proyectos realmente 'escogidos'? Digamos que el problema de la educación es un problema de la 'mayoría de edad': ¿cómo podemos constituir lectores 'mayores' con capacidad de decidir por 'sí mismos'?

La respuesta a esta cuestión es mucho más complicada de lo que se pueda abordar aquí, pero no podemos dejar de señalar como el *escoger* que se ve totalmente obnubilado ante la publicidad generalizada. Aunque sería una media verdad todo esto si únicamente nos dedicamos a concebir a la publicidad y a las editoriales las principales causantes de que esto se dé.

Por ejemplo, el gran 'boom' de la novela histórica, que inunda las librerías, desde Código da Vinci, hasta La Catedral del Mar, etc., están marcadas por una pauta que pretende hacer de la literatura una suerte de 'realidad'. La conciencia actual, veneradora de la ciencia, pretende recrear un espacio en el cual la 'literatura' por sí misma desaparezca, o en todo caso convertir a los escritores en una especie de eunucos en lo que se refiere a la opinión de las cosas. Por ello la novela sólo puede ser digerible en tanto me hable de la 'realidad' histórica, sólo me puede parecer digna de ser leída en tanto que obtenga de ello un conocimiento redituable en el mundo de la economía y de la historia. ¿De qué me sirve saber sobre Frederic Morueau o sobre el joven Werther, cuando me ofrecen la posibilidad de excitar el morbo con algo que pudo haber sido 'real'?

En esto, poco o nada tienen que ver los editoriales o los escritores oportunistas, sino que este resurgimiento del hegelianismo, este quehacer en donde la literatura lo

único que puede hacer es justamente apelar a eso que se toma por 'real' para poder así figurar junto a las ciencias sociales, a las instituciones y a las fabricas de mercadotecnia. Es decir, es la única manera que no sea vergonzoso o leer o escribir.

La realidad del best-seller, es demasiado heterogénea como para encasillarla en una mera crítica literaria. De hecho me parece que dicho fenómeno no puede criticarse desde el punto de vista de la 'literatura basura', puesto que en esencia su intención no es crear una obra perdurable en el alma de lo estético, sino que la única manera de entenderlo es justamente en la medida en que es única y exclusivamente un artículo de consumo como lo puede ser un zapato de marca o un tenedor desechable y la relación que tienen éstos para con nuestra soberanía: (¿puedo *escoger*, en una fiesta de cumpleaños por ejemplo, un tenedor que no sea desechable?).

Por ello quizá la pregunta que debe formularse, a la par que la que interroga por los best-sellers, sea ¿qué es un tenedor desechable? Quizá debamos pensar que el hecho de que un best-seller sea un libro, es el mayor contratiempo contra el que lucha el propio best-seller, ya que el libro tiene ese contratiempo de las palabras, de que una persona media tardaría algo así como una semana en leerlo y comprar otro libro, así pues un libro entre menos parezca un libro, resultaría mucho mejor. ¿Qué es justamente aquello que hace a las cosas desechables? Si somos capaces de responder a esta pregunta, que en apariencia es sencilla, pero que sin duda no lo es, podríamos sin duda responder al fenómeno del best-sellers y por supuesto hablaríamos de la literatura marginalmente, apenas en pie de página.